

EN MEMORIA DE BENEDICTO XVI



Benedicto XVI cumplió 95 años en abril del 2022 y el último día de aquel año partió a la Casa del Padre, dejando un ejemplo de vida de profunda entrega a Jesucristo y su Iglesia. Compartimos a continuación diez hitos que marcaron su pontificado, su testamento espiritual, una columna del rector de la Universidad de los Andes, José Antonio Guzmán Cruzat, y un testimonio personal de Jaime Antúñez Aldunate. Para profundizar en su figura y legado, invitamos a revisar el especial de contenido seleccionado que está publicado en la página web de Revista Humanitas, www.humanitas.cl.

Diez hitos del pontificado de Benedicto XVI

Inicio de su ministerio

El 19 de abril de 2005, Joseph Ratzinger, a sus 78 años, es elegido Papa en menos de 24 horas en el cónclave más numeroso de la historia: los cardenales presentes fueron 115. El 24 de abril, V Domingo de Pascua, Benedicto XVI inicia su ministerio como obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. En su primera alocución como Pontífice, pronunciada en la Plaza de San Pedro, con estas palabras le habló al mundo y al pueblo cristiano: “Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino es ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.”

Encíclica *Deus caritas est*

El 25 de diciembre de 2005, día de la Natividad del Señor, publica *Deus caritas est*, su primera encíclica, la cual dedica al amor cristiano. La encíclica contiene una reflexión teológica-filosófica sobre el amor en sus diversas dimensiones.

Discurso de Ratisbona

El 12 de septiembre de 2006 tiene una *lectio magistralis* en la Universidad de Ratisbona, la que titula “Fe, razón y universidad”, conocida también como “el discurso de Ratisbona”. El discurso generó algunas polémicas en el mundo musulmán; sin embargo, su centro se encuentra en un esfuerzo por unir lo que todo el mundo quiere separar: fe y razón. Desprovista de razón, la fe puede desbordarse en inhumanidad, la razón modera la violencia y la intolerancia. Al mismo tiempo, una razón que se separa de la fe deja de hacerse las preguntas fundamentales y se hace autorreferente, clausurada.

Jesús de Nazaret

En abril de 2007 publica el primer volumen de *Jesús de Nazaret*. El segundo volumen se publica en marzo de 2011 y abarca el período desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección. El tercero y último volumen se publica en noviembre de 2012 y relata la infancia de Jesús.



Aparecida

El 13 de mayo de 2007 abre en Aparecida la V Conferencia general del episcopado latinoamericano y el Caribe, un acontecimiento de gran relevancia para la Iglesia de Latinoamérica. En su discurso inaugural el Papa Benedicto XVI presentó algunas riquezas de la fe en Latinoamérica y algunos retos que con los que se enfrenta. Poco antes de finalizar su discurso, elevó una bella oración, inspirada en el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado” (Lc 24, 29).

Encíclica *Spe salvi*

En noviembre de 2007 el Papa publica su segunda encíclica, *Spe salvi*, sobre la esperanza cristiana. En ella el Papa invita a los creyentes, desde la propia identidad cristiana —en diálogo con los tiempos modernos y sus principales corrientes de pensamiento— a dar razones de su esperanza. Señala cuatro lugares para aprender y ejercitar la esperanza: la oración, la acción, el sufrimiento y el Juicio de Dios. Además, establece una relación entre la fe y la esperanza al hilo de un pensamiento de San Pablo, que hace de ambas una sola.

Encíclica *Caritas in veritate*

En junio de 2009 publica su tercera y última encíclica, *Caritas in veritate*, sobre el desarrollo humano integral. Allí retoma temas de la *Populorum progressio* de Pablo VI, como el hecho de que el verdadero desarrollo es, al mismo tiempo, el desarrollo de los pueblos y el desarrollo de cada persona en su totalidad. Advierte Benedicto XVI en la encíclica que “sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo... el amor se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente”. Este es el “riesgo fatal del amor en una cultura sin verdad”..., el ser “presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos”, transformándose en “una palabra de la que se abusa y que se distorsiona, terminando por significar lo contrario”.

Carta a los católicos de Irlanda y batalla contra los abusos

En Irlanda se dieron diversos escándalos de abuso desde los años 80, los que salieron a la luz pública el año 2009 con dos informes perturbadores. En 2010 el Papa Benedicto XVI convocó a los obispos irlandeses a Roma y publicó una amplia carta pastoral dirigida a todos los católicos del país (19 de marzo de 2010). Luego se estableció una visita apostólica a las diócesis y seminarios de toda Irlanda, que duró desde noviembre de 2010 hasta marzo de 2012 y que daría importantes indicaciones de renovación. A ello se suma la publicación de un comunicado sobre la visita apostólica a los Legionarios de Cristo, proceso realizado desde julio de 2009 hasta mediados de marzo de 2010. En él se presentan las primeras medidas decididas por el Papa, como el envío de un Delegado pontificio, la creación de una comisión para revisar las constituciones de la Congregación y el envío de un visitador apostólico a los miembros consagrados del Regnum Christi, movimiento laical de los legionarios. A su vez, Benedicto XVI hizo que las normas contra la pedofilia fueran más estrictas, por ejemplo, al aumentar el plazo de prescripción de las acusaciones de 10 a 20 años cumplidos los 18 años de la víctima, simplificando los procedimientos y especificando que «las disposiciones del derecho civil siempre deben seguirse con respecto a la remisión de delitos a las autoridades». En mayo de 2011, la Congregación para la Doctrina de la Fe envió una importante carta circular a todas las conferencias episcopales con el objetivo de “asistir a las conferencias en el desarrollo de Pautas para tratar los casos de abusos sexuales de menores perpetrados por clérigos”.

Año de la fe

En octubre de 2012 el Santo Padre abrió en la plaza de San Pedro el “Año de la fe” en el 50º aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. El Concilio fue vivido por Joseph Ratzinger como experto y, como Papa, con valentía, paciencia y perseverancia, se esforzó por superar las rupturas del posconcilio. “Si hoy la Iglesia propone un nuevo Año de la fe y la nueva evangelización, no es para conmemorar una efeméride, sino porque hay necesidad, todavía más que hace 50 años”, expresó en el discurso de apertura. Este Año de la fe es el año en el que Benedicto XVI clausuró su pontificado, y la encíclica *Lumen Fidei* (Luz de la Fe) del Papa Francisco fue su culminación.



Su renuncia

El 11 de febrero de 2013, al final de un Consistorio ordinario público, sorprende al mundo al anunciar que renunciaría al cabo de dos semanas, lo que constituía la primera dimisión papal en casi 600 años. En su comunicado, el Papa, de 85 años, dijo que examinó repetidamente su conciencia... “Y llegué a la certeza de que mis fuerzas, por la edad avanzada, no son ya las adecuadas para ejercer del modo adecuado el ministerio petrino”. Cerca de 150.000 personas acudieron el 27 de febrero a la Plaza de San Pedro para despedirse del Papa Benedicto XVI y escuchar su última catequesis en la que fue su Audiencia General final. Lo acompañaron en torno a setenta cardenales. Al día siguiente, 28 de febrero, le dirigió sus últimas palabras como Sumo Pontífice al Colegio Cardenalicio, a quienes les prometió su cercanía con la oración y su “incondicional reverencia y obediencia” a quien sería elegido futuro Papa. Durante la tarde se dirigió a los peregrinos reunidos desde el balcón de Castelgandolfo: “Soy simplemente un peregrino que inicia la última etapa de su peregrinación en esta tierra. Pero quisiera aún, con mi corazón, con mi amor, con mi oración, con mi reflexión, con todas mis fuerzas interiores, trabajar por el bien común y por el bien de la Iglesia y de la Humanidad. Y me siento muy apoyado por vuestra simpatía. Sigamos adelante con el Señor, por el bien de la Iglesia y del mundo”.

Tras su renuncia, Benedicto XVI se retiró a vivir al convento Mater Ecclesiae, en el interior de la Ciudad del Vaticano. Ahí se dedicó, hasta su muerte, a la lectura, estudio, escritura y oración, llevando un discreto pasar, aquejado por diversas enfermedades crónicas que poco a poco fueron deteriorando más su salud y movilidad, mas no su intelecto.

El Papa emérito solía llevar una rutina tranquila pero activa. Empezaba el día celebrando la Misa y rezando las oraciones del Breviario. Después, desayunaba y hacía una pausa. Más tarde leía, respondía cartas y, si tenía tiempo, escuchaba música. En el pasado, Benedicto XVI ya había mostrado especial afecto por el compositor austriaco Wolfgang Amadeus Mozart, la música sacra y las artes en general. Tras un corto descanso, de vez en cuando el Papa emérito recibía por la tarde a algunas personas que lo visitaban, si su salud lo permitía. Luego, daba un breve paseo por los Jardines Vaticanos y rezaba el Rosario, pero a medida que fue envejeciendo y se sumó la dificultad para caminar, empezaron a trasladarlo en un carrito de golf para que pudiera ir sentado. Después de la cena miraba el noticiero italiano y concluía el día con la oración de la noche.

Durante su tiempo de retiro, Benedicto XVI realizó algunas apariciones públicas ocasionales junto al Papa Francisco, y dio pocas entrevistas, principalmente a medios alemanes.

TESTAMENTO ESPIRITUAL DE BENEDICTO XVI

En el día de su muerte la Santa Sede compartió en alemán e italiano el testamento espiritual que dejó Benedicto XVI. El texto fue redactado el 29 de agosto de 2006, un año después del inicio de su pontificado. Compartimos una traducción (no oficial) realizada por Humanitas.

Si en esta tardía hora de mi vida miro hacia atrás, hacia las décadas que he caminado, veo en primer lugar cuántas razones tengo para agradecer. Doy gracias ante todo a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre levantándome cuando empezaba a resbalar y siempre dándome de nuevo la luz de su rostro. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y fatigosos de este camino fueron para mi salvación y que fue precisamente en ellos donde Él me ha guiado bien.

Agradezco a mis padres, que me dieron la vida en una época difícil y que, a costa de grandes sacrificios, con su amor prepararon para mí un hogar magnífico que, como una luz clara, ilumina todos mis días hasta el día de hoy. La fe lúcida de mi padre nos ha enseñado a nosotros, sus hijos, a creer, y su marca ha estado siempre firme en medio de todos mis logros científicos; la profunda devoción y gran bondad de mi madre es un legado que nunca podré agradecer lo suficiente. Mi hermana me ha ayudado durante décadas desinteresadamente y con afectuoso cuidado; mi hermano, con la lucidez de su juicio, su vigorosa resolución y la serenidad de su corazón, me ha allanado siempre el camino; sin su continuo precederme y acompañarme no habría podido encontrar la senda correcta.

Agradezco sinceramente a Dios por los muchos amigos, hombres y mujeres, que siempre ha puesto a mi lado; por los colaboradores de todas las etapas de mi camino; por los maestros y alumnos que me ha dado. Con gratitud los encomiendo a todos a Su bondad. Y quiero agradecer al Señor por mi hermosa patria en las estribaciones de los Alpes bávaros, en la que siempre he visto brillar el esplendor del Creador mismo.

Agradezco a la gente de mi patria porque en ellos siempre he podido volver a experimentar la belleza de la fe. Rezo para que nuestra tierra siga siendo una tierra de fe y les ruego, queridos compatriotas: no se dejen apartar de la fe. Y, por último, doy gracias a Dios por toda la belleza que he podido experimentar en todas las etapas de mi camino, especialmente en Roma y en Italia, que se ha convertido en mi segunda patria.

A todos aquellos a los que he agraviado de alguna manera, les pido perdón de todo corazón.

Lo que antes dije a mis compatriotas, lo digo ahora a todos los que en la Iglesia han sido confiados a mi servicio: ¡manténganse firmes en la fe! ¡No se dejen confundir! A menudo parece como si la ciencia —las ciencias naturales, por un lado, y la investigación histórica (en particular la exégesis de la Sagrada Escritura) por el otro— fuera capaz de ofrecer resultados irrefutables en desacuerdo con la fe católica. He vivido las transformaciones de las ciencias naturales desde hace mucho tiempo y he podido ver cómo, por el contrario, se han desvanecido las aparentes certezas contra la fe, demostrando no ser ciencia, sino interpretaciones filosóficas que solo parecen ser competencia de la ciencia; sin embargo, es en el diálogo con las ciencias naturales donde también la fe ha aprendido a comprender mejor el límite del alcance de sus afirmaciones, y por tanto su especificidad. Llevo sesenta años acompañando el camino de la Teología, especialmente de las Ciencias bíblicas, y con la sucesión de distintas generaciones he visto derrumbarse tesis que parecían inquebrantables, resultando ser meras hipótesis: la generación liberal (Harnack, Jülicher, etc.), la generación existencialista (Bultmann, etc.), la generación marxista. He visto y sigo viendo cómo de la maraña de hipótesis ha emergido y emerge nuevamente la razonabilidad de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida, y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente Su cuerpo.

Finalmente, pido humildemente: rueguen por mí, para que el Señor, a pesar de todos mis pecados y defectos, me acoja en las moradas eternas. A todos los que me han sido confiados, van mis oraciones de todo corazón, día a día.

Benedicto XVI

Benedicto, profesor

Por José Antonio Guzmán Cruzat

Hace unos meses nos dejaba Benedicto XVI, hombre muy querido y admirado por los fieles católicos y por una multitud de personas de todas las creencias. Durante su pontificado, dejó un profundo magisterio, cuya influencia durará por siglos, a pesar de que fue Papa por solo ocho años.

Quisiera dedicar estas breves líneas para reflexionar sobre algunas de sus ideas acerca de la institución universitaria, ya que durante 25 años fue un profesor notable y un gran concededor de la universidad de nuestro tiempo.

En sus enseñanzas y escritos, un tema común es la constatación de la renuncia de la búsqueda de la verdad por parte de la razón. Desde el momento en que esta se autolimita a lo que es experimentalmente reproducible, deja de lado la pregunta acerca de la esencia de las cosas y se limita a interrogarse sobre cómo estas funcionan. Es el abandono moderno de la metafísica; en otras palabras, “la abdicación de la razón”.

Ratzinger afirma que este abandono “está destruyendo la universidad por dentro”. Se trata de una afirmación fuerte. Las universidades surgieron en un ambiente cristiano en el que se consideraba que “la búsqueda de la verdad era posible, y se urgía a los creyentes a participar en esta búsqueda”. Las distintas disciplinas se mantenían unidas “por su común subordinación a la cuestión de la verdad”.

La cuestión de la verdad permanece intacta con la secularización de las universidades. Ella es, en parte, revelación divina para los creyentes, pero también es un descubrimiento de la razón humana. Este descubrimiento constituye una tarea primordial de las instituciones universitarias, cualquiera sea su declaración de principios. En efecto, el escepticismo acerca de la existencia de la verdad paraliza el esfuerzo por hacer avanzar el conocimiento.

En el trabajo académico es clave volver a retomar el conocimiento de las cosas por sus razones más profundas, ir más allá de aquello que se puede demostrar empíricamente. La filosofía juega un papel central en este esfuerzo. Es, junto a la teología, el puente entre las ciencias. Es la posibilidad de preguntarse sobre las cuestiones fundamentales del ser humano y de la realidad: ¿Qué es? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su finalidad? ¿Cómo conecta con el resto de la realidad?

Hoy se habla mucho de trabajo interdisciplinario en las universidades. Para entender y solucionar los problemas complejos que aquejan a la sociedad no basta únicamente una mirada disciplinar. Valgan algunos ejemplos. ¿Cuáles son las causas y las implicancias de la crisis de la educación escolar? ¿Cómo se explica el movimiento del 18 de octubre de 2019? ¿Cuáles son las causas de la drogadicción? ¿Cómo se entiende el conflicto de la Araucanía? Son todas

preguntas complejas, con múltiples facetas, que requieren una aproximación interdisciplinar para ser contestadas. Las respuestas de las distintas áreas del saber serán parciales si no existe una base común para el diálogo científico. La mera constatación empírica no entrega respuestas verdaderas.

Clark Kerr, quien fuera rector de la Universidad de California, decía irónicamente que a veces veía a la universidad moderna como “una serie de profesores que se mantienen juntos por una queja común acerca de la falta de estacionamientos”. Esta mirada es más común de lo que parece.

Joseph Ratzinger, por su parte, compartía esta visión de la universidad moderna pero no se conformaba con ella. Pensaba que el conocimiento humano estaba basado en una unidad última y que “los que buscan el conocimiento deben estar unidos en la *universitas* de quienes aprenden y quienes enseñan”.

En este tiempo lleno de incertidumbres, la universidad está llamada a aportar sentido, a entender la razón última de los fenómenos para dar luces a la sociedad. Para esto es clave volver a la búsqueda de las razones más profundas de la realidad, avanzar desde el “fenómeno al fundamento”.



Un encuentro personal con Benedicto XVI Giovedì, 12 maggio 2016, alle ore 19.15

Por Jaime Antúnez Aldunate



Fechada el 8 de abril de aquel año 2016, llegaba una semana después a la oficina de la dirección de revista *Humanitas*, ubicada entonces en Alameda 390, una carta firmada por el *Segretario Particolare di Sua Santità Benedetto XVI, Papa emerito*, el padre Georg. Era una respuesta a la escrita el mes de enero anterior por el entonces director de la revista al Papa emérito, agradeciendo el constante, efectivo y sentido apoyo dado por Su Santidad tanto a la creación como al desarrollo de la revista, que a lo largo del 2015 había celebrado de distintos modos sus 20 años de existencia.

La comunicación enviada por el padre Georg en nombre de Benedicto XVI invitaba a un encuentro con el Papa emérito, si posible fuese, en el lugar, el día y la hora señalados en el título que encabeza estas

líneas, *davanti alla "Grotta di Lourdes" nei Gardini Vaticano... dopo il suo rosario.*

Como se indicaba en una nota al pie que ingresara en Vaticano *alla Porta Sant'Anna (Guardia Svizzera Pontificia) alle ore 19* –vale decir, a la derecha de la columnata de Bernini, a la altura de Plaza San Pedro–. Mi reacción inmediata fue escribir al padre Georg para implorarle mayor tiempo para esta operación. Se me figuró en seguida que llegar desde el bajo a la cima de la colina vaticana solo en diez o quince minutos de apurada y ascendente caminata, arriesgaba a que mis condiciones para esta circunstancia no fuesen las mejores. Pero nada en ese entorno está dejado al azar, de manera que, cruzando el magnífico y sobrio espacio concebido en el siglo XV por Bramante y Rafael, conocido como patio de San

Dámaso, no muy lejos de la entrada de Sant'Anna, fui identificado por la guardia, que me puso en manos de un "suizo" que me llevaría hasta el lugar de la *Grotta*, casi en la cima de la colina. Sería "mi Virgilio" en ese nunca antes imaginado ascenso. Hombre que se desenvolvía con toda seguridad en el lugar, trabamos en seguida conversación, me habló de su origen y yo del mío, mientras a muy lenta velocidad, en un pequeño vehículo eléctrico, subíamos los senderos de aquel Jardín terrestre y a la vez celeste. En cierto momento se detuvo y me señaló que había que hacer un alto. Hablábamos. No pasaron cinco minutos, y me hizo observar que, tras una hermosa arboleda, venía un vehículo similar, donde se trasladaba al Papa emérito acompañado por el padre Georg, quienes cruzaron a poca distancia nuestra, pero sin vernos, rumbo a la mencionada *Grotta*. Fue la *impresión primera*.

Reiniciado el ascenso solo después de recibir una orden venida de la cima, viramos por aquí y por allá hasta salir a nuestro paso otro guardia. Estábamos ya a la altura de la *Grotta*. Me despedí de "mi Virgilio" agradeciéndole y rehusando su ofrecimiento de hacerme el camino del descenso al término de mi encuentro con Benedicto XVI. Advertí que esa bajada a pie y solo, al caer la tarde, en aquel lugar extraordinario, sería un momento privilegiado para asumir interiormente lo que habría de seguir.

Nada más abandonar el vehículo que me transporta, otro "suizo" que nos aguardaba me llevó hasta un punto cercano donde, amable pero enfáticamente, me indicó me parase y esperase, allí, en ese metro cuadrado, sin dar un paso hacia otro lugar. No era el minuto para desobedecer. Pocos instantes después pude admirar el

cuidado que suponía la medida, pues desde aquel lugar —con ser muy grato— hacía yo realidad la *impresión segunda*: podía ver al Papa emérito acompañado de su secretario hacer la ronda, cruzando la bella y extensa explanada, mientras rezaba su rosario, pero solo alcanzándolos con la mirada de la cintura hacia arriba. Era imposible a quien estuviese allí detenido —pensé en las fechorías de tanto "paparazzi"— fotografiarlo registrando cualquier apoyo ortopédico que Benedicto requiriese para ayudarse en la marcha. Otra precaución pensada con civilización. Nada había allí al azar, como dijimos.

En determinado momento fui avisado de pasar a la explanada. Crucé la gruta e ingresé en ese espacio extenso, de diseño renacentista, en medio *dei Giardini*, sobre el cual caía en ese momento, desde un cielo claro y azuloso, un sol primaveral de atardecer. Al medio, a una distancia de cien metros, de pie, la figura venerable del anciano Papa emérito acompañado de su fiel secretario. Era la *impresión tercera*. Para no perder un segundo, apuré el paso, con la mirada dividida entre esas dos figuras en la distancia y la bella y florida cerámica del piso. Cuando ya me acercaba, pero todavía a varios metros, escuché la voz tan familiar de Benedicto XVI decir "*caro professore*, tanto gusto en verlo, ¡cuánto tiempo!".

Me detendré solo en algunos *momentos* y en dos *temas* que brotaron desde la completa espontaneidad que envolvió cada instante de la conversación, continuando con lo que he llamado *impresiones*.

Antes de viajar para tan excepcional y privilegiado encuentro, me propuse no contar en absoluto dónde iba, salvo a personas de mi absoluta confianza, las que al final resultaron no ser tan pocas

(hecho que por supuesto me reconfortaba...). Entre ellas consideré algunas familias religiosas, lo cual ya suma bastante. Iniciado el cruce de palabras con Benedicto XVI, con la apacibilidad y la vibración tranquila que siempre fue propia en él, me pareció justo y oportuno decirle que no estaba yo allí, en ese segundo, solo mi persona, sino muy acompañado, pues todos cuantos tuvieron noticia de mi feliz circunstancia me pidieron transmitirle su enorme afecto y que le dijera (se lo expresé así, en italiano) “quanto lo amano e quanto stanno pregando per lei”. Lo escuchó, siguió un silencio, y luego sonrió expresivamente, con una divina y profunda alegría en el alma, que hacía perceptible el eco de lo expresado en las fibras más íntimas de su sensibilidad, la de un ser que representó la unidad de la Iglesia y que llevó a “todas las iglesias” en su corazón de pastor universal, dejándose crucificar por todas ellas, añadamos. *Momento* de gozo y plenitud asimismo para las tres personas de pie en esa soledad, por una candente y envolvente comunión en el misterio de la fe. Lo mismo se repite unos minutos después, cuando se recuerda la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid el año 2011, que visiblemente dejó en él una huella de felicidad importante y muy profunda. Son como anticipos y súbita encarnación en el Pontífice de lo que escatológicamente advendrá y que la *lex orandi* implora así: “ut mentes nostras ad caelestia desideria erigas”.

Muy en su estilo amigable y paternal, me preguntó en seguida si pensaba quedarme para “caminar Roma” —no había ciudad en el mundo que apreciara tanto—. No eran mis planes, había llegado

el día anterior y continuaba al siguiente, por compromisos con dos hijas en otras capitales del Viejo Continente. De este *tema* surge una *cuarta impresión*. Cualquiera interlocutor pasa inadvertida una observación doméstica de tal naturaleza. En Joseph Ratzinger, recuperado del estado de salud que padecía al momento de su renuncia tres años antes, pero con 89 años, la conexión con la realidad es sin embargo total. Se agrega una pregunta de don Georg y fluyen con rapidez de labios de Su Santidad consideraciones ágiles y afectuosas sobre la formación o ejercicio profesional de los jóvenes, sobre los lugares distintos en que habitan. Es decir, en el anteparaíso no desaparece el vínculo de la *caritas* terrena; por el contrario, se transforma en una fuerza que une lo inmanente con lo trascendente. Es un *tema* que no tiene nada de tesis o axioma: trátase de una realidad que, amén de poética, tiene fuerza ontológica.

La conversación habrá de arribar, necesariamente, a revista *Humanitas*, publicación de la Pontificia Universidad Católica de Chile fundada en la rectoría del Dr. Juan de Dios Vial Correa, y entramos así, directamente, en el segundo *tema* que convida a esta cita. Benedicto XVI no es breve en palabras para expresar la alegría y satisfacción que le produce la existencia de este testimonio, que implica una *communio* entre americana y europea, pero que alcanza también a oriente. Puede recordarse que había antes escrito y enviado, a los cuatro meses de haber firmado su renuncia canónica, una carta¹ en alemán al director de la revista, reiterando su invariable compromiso con ella, que seguiría en adelante, pondera allí, “in die

1 Ver “Carta de Benedicto XVI, Papa emérito”, del 6 de julio de 2013 en *Humanitas* n. 71

Zeit der Stille" ("en el tiempo del silencio... al que ahora me he retirado"). Un cardenal me previno que se trataba de un documento de precioso valor, pues era la única comunicación de las propias manos de Benedicto XVI entonces conocida, desde su retiro. No solo se refería al significado que para él tenía la revista, sino que extendía la mirada a una colaboración antigua de por los menos un cuarto de siglo. Queda para otra oportunidad hacer el relato de los extraordinarios hechos y signos que jalonan ese espacio.

Hácese tarde ya y el director de *Humanitas*, temiendo cansar al Papa emérito, se apresura a "poner en tabla", antes que vaya a desaparecer la luz, un propósito que se ha guardado hasta ahora, punto importante de este segundo tema: matizar el ánimo que vivamente infunde el Santo Padre en orden a continuar desarrollando una obra que con 20 años muestra robusta salud, informándole que el director está pronto a pasar una barrera acaso problemática... ¡va a cumplir 70 años! Benedicto XVI no se deja persuadir y en seguida exclama, mirando hacia arriba, como acordándose de sí mismo a esa edad: "ma un giovane!". Un momento de risa familiar invade a los tres presentes.

A la distancia se acerca su pequeño vehículo eléctrico *e il giovane* se arrodilla para recibir la bendición del Papa emérito. Pone él sus dos manos sobre la cabeza de este: "Benedictio Dei omnipotentis...". Recibo un recuerdo de ese encuentro y obsequio una pequeña artesanía litúrgica. El Papa emérito es apoyado para subir al móvil que lo transporta. Esta vez se ubica atrás, mirando a su invitado a quien otra vez bendice, ya a distancia, mientras emprende su retiro de la explanada. *Impresión quinta*. Es casi seguro que no veré

esa mirada ni escucharé esa voz hasta el momento de la resurrección final.

Desciendo, antes de oscurecer, caminando por otra ala de los jardines, cruzando pequeños puentes donde corre el agua de vertientes, llegando a ladear el exterior del deambulatorio de San Pedro, antes de arribar a la plaza Santa Marta, donde están las estatuas, entre otros santos, de dos monumentos del Carmelo en el siglo XX. Uno, en cuyo solo nombre resuena toda nuestra América, santa Teresa de Los Andes; otro, el de una copatrona de Europa, la filósofa Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz, declarada por Juan Pablo II mártir de la fe en Jesucristo y de su pueblo Israel.

Todavía sin abandonarme la impresión de lo vivido, mientras atravieso esos lugares, me viene al recuerdo algo dicho por Benedicto XVI, cuando todavía era cardenal, refiriéndose a Newman, a quien veinte años después, como Papa, él mismo beatificaría en Birmingham: *La característica de todo gran Doctor de la Iglesia, señaló, es que enseña no solo mediante su pensamiento y su palabra, sino también con su vida, porque dentro de él, pensamiento y vida se funden y se definen mutuamente*. Lo cual es completamente visible a lo largo de la prolongada vida de quien acabo de visitar y de despedirme minutos antes. También una característica suya universalmente reconocida fue la carismática cualidad de tocar los corazones de hombres muy diversos y al mismo tiempo iluminar su pensamiento. En Benedicto XVI, podemos muchos de sus contemporáneos testificarlo, *pensamiento y vida se fundieron y definieron mutuamente a fuego*.

Late una generalizada impresión, incluso antes de llegado el fin de sus días, que no tan tarde será esto afirmado y proclamado por la Iglesia universal.